



La Escalera

Lugar de lecturas



Visitas al territorio de Márai

LA HERENCIA
DE ESZTER
SÁNDOR
MÁRAI



narrativa
salamandra

Sándor Márai

LA HERENCIA DE ESZTER



Título original: *Eszter Hagyateka*
Traducción del húngaro: Judit Xantus Szarvas

Ilustración de la cubierta: «Retrato de Margarita»,
Fernand Khnopff © Christie's Images LTD, 2000

Copyright © Heirs of Sándor Márai, Csaba Gaal, Toronto
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2000

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2º - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 84-7888-567-6
Depósito legal: B-42.539-2006

1º edición, noviembre de 2000
13º edición, septiembre de 2006
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

No puedo saber qué más tiene Dios previsto para mí. Sin embargo, antes de morir, quisiera poner por escrito el relato del día en que Lajos vino a verme, por última vez, para despojarme de todos mis bienes. Voy postergando la escritura de estas notas desde hace tres años; pero, ahora, tengo la sensación de que una voz, de la cual no me puedo defender, me está apremiando para que escriba la historia de aquel día y de todo lo demás que sé sobre Lajos. Es mi deber, y ya no me queda mucho tiempo para cumplir con él. Las voces así son inequívocas. Por eso las obedezco, en el nombre de Dios.

Ya no soy joven, y mi salud está debilitada: pronto habré de morir. ¿Acaso tengo miedo a la muerte?... Aquel domingo en el que Lajos vino a verme por última vez, se me curó hasta el miedo de morir. El hecho de que sea capaz de esperar a la muerte con tranquilidad, quizá se deba a que el tiempo no me ha perdonado; quizá se deba a los recuerdos, casi tan crueles como el mismo tiempo; quizá sea por un particular estado de gracia que, según las enseñanzas de mi fe, también afecta en ocasiones a los indignos y a los obstinados; quizá sea, simplemente, por el peso de mis experiencias y por una edad ya avanzada. La vida me ha obsequiado de una manera maravillosa, pero también me ha expoliado de una manera implacable... ¿Qué más puedo esperar? Habré de morir, porque la muerte es ley de vida, y porque ya he cumplido con todas mis obligaciones.

Ya sé que «obligaciones» es una palabra mayor, y, ahora que la veo escrita, estoy un tanto asustada: se trata de una palabra llena de vanidad, por la que tendré que responder algún día ante alguien. Me costó tiempo aceptarlas, y obedecí contrariada, clamando y protestando desesperadamente. Fue entonces cuando sentí por primera vez que la muerte puede ser una redención; fue entonces cuando comprendí que la muerte es salvación y profunda paz. Solamente la vida conlleva luchas e infamias. ¡Qué extraña fue aquella lucha! ¿Quién me obligó a librarla? ¿Por qué no pude evitarla? Hice todo lo posible por escapar de ella; pero el enemigo me siguió y me alcanzó. En este momento, sé que él no podía hacer otra cosa. Sé que estamos atados a nuestros enemigos, y que ellos tampoco pueden escapar de nosotros.

Si quiero ser sincera —¿qué otro sentido podría tener el hecho de escribir?—, debo confesar que en mi vida y en mis acciones no he encontrado jamás el menor indicio de ira, en su sentido bíblico; ni siquiera la menor emoción, ni tampoco la firme decisión o la dureza que caracterizaban mis opiniones tantas veces repetidas ante los demás en contra de Lajos o de mi propio destino. «Era mi obligación cumplir con mi deber»: ¡qué palabras tan duras y dramáticas son éstas! Uno vive la vida... y un día se da cuenta de si ha cumplido o no con su deber. Empiezo a creer que las decisiones fatales y grandiosas que determinan nuestro destino son mucho menos conscientes de lo que pensamos con posterioridad, en los momentos de reflexión, cuando las recordamos.

Yo, en aquella época, llevaba veinte años sin ver a Lajos y me consideraba inmune a su recuerdo. Un día, sin embargo, recibí un telegrama suyo que me recordó el libreto de una ópera: era patético, peligrosamente pueril y mentiroso, como todo lo que veinte años atrás Lajos me había escrito y dicho, a mí o a los demás... Parecía una declaración solemne; era prometedor, misterioso y obviamente mentiroso, ¡mentiroso hasta el fondo!... Salí al jardín, con el telegrama en la mano, para buscar a Nunu, me detuve en el porche y le dije:

—¡Lajos regresa!

No sé cómo sonó mi voz en aquel instante; pero probablemente no reflejó felicidad. Seguramente hablé como una sonámbula recién despertada. Aquel estado había durado veinte años. Durante veinte años yo había estado caminando así, dormida, al borde de un precipicio, con pasos decididos y sosegados, sonriendo. Entonces, me desperté de golpe y vi la realidad delante de mis ojos; sin embargo, no me sentí mareada. Nunca más me he sentido mareada. En la realidad, en la realidad de la vida y de la muerte, hay algo tranquilizador.

Nunu estaba cuidando los rosales. Me miró desde donde estaba, entre las rosas, parpadeando bajo la luz del sol, vieja y tranquila.

—Por supuesto que sí —dijo.

Siguió ocupada con los rosales.

—¿Cuándo llegará? —me preguntó.

—Mañana —le respondí.

—Bien —dijo—. Guardaré los objetos de plata bajo llave.

Me eché a reír. Sin embargo, Nunu se mantuvo seria. Más tarde, se sentó a mi lado, en el banco de piedra, y leyó el telegrama. «Llegaremos en automóvil», anunciaba Lajos. Por el plural concluimos que también traería a los niños. «Seremos cinco», añadía el mensaje. Nunu empezó a pensar en el pollo, la leche, la nata. «¿Quiénes serán los otros dos?», nos preguntamos. «Nos quedaremos hasta la noche», explicaba también, y proseguía con una lluvia de palabras inútiles y rocambolescas, palabras que Lajos era incapaz de ahorrarse, aunque fuera en un telegrama.

—Son cinco personas —dijo Nunu—. Llegarán por la mañana y se quedarán hasta la noche. —Los viejos y exangües labios se movieron sin pronunciar palabra: estaba calculando, sumando; echaba la cuenta de los gastos del almuerzo y de la cena.

A continuación dijo:

—Sabía que regresaría. ¡Ya no se atreve a venir solo! Trae a sus ayudantes, a los niños y a unas personas desconocidas. Sin embargo, aquí ya no queda nada.

Estábamos sentadas en el jardín, mirándonos. Nunu cree saberlo todo sobre mí. Quizá conozca la verdad, la simple verdad, última y definitiva, esa verdad que tratamos de ocultar de mil maneras distintas. La omnisciencia de Nunu siempre ha tenido unos tintes de orgullo herido. Pero ella siempre ha sido muy buena conmigo, bien que a su manera seca y lúcida. Y yo siempre he terminado rindiéndome ante ella. En medio de la bruma, invisible y húmeda, que había cubierto mi vida durante aquellos últimos años, Nunu había sido como una lamparilla, como una luz tenue y suave, cuya claridad me guiaba.

Sabía que en ese momento ella no podía pensar en nada tan peligroso, en nada tan temible como lo que yo imaginaba, puesto que el telegrama sólo le había recordado los objetos de plata que tenía que guardar bajo llave a la llegada de Lajos. «Qué exagerada», pensé, interpretando sus palabras como una broma. Al mismo tiempo sabía que, en el último momento, Nunu guardaría de verdad los objetos de plata, y también sabía que más adelante, cuando ya no se tratase de ningún objeto de plata, cuando ya se tratase de todo lo que no se puede guardar, Nunu estaría cerca de mí, a mi lado, con sus llaves, vestida de negro, con sus arrugas, callada, parpadeando con cautela. Igualmente sabía que ya nadie, ningún ser humano, podría salvarme. Ni siquiera Nunu. Sin embargo, saber todo eso no me servía de nada.

De repente, me puse contenta, como alguien que se halla fuera de todo peligro, y me acuerdo de que bromeé con ella. Estábamos sentadas en el jardín escuchando el zumbido de los abejorros borrachos por los perfumes del otoño,

conversando largamente sobre Lajos, sobre los niños, sobre Vilma, mi hermana muerta. Estábamos sentadas delante de la casa, debajo de la ventana tras la cual había muerto mi madre, veinticinco años atrás. Estábamos sentadas enfrente de los tilos, enfrente del panal de mi padre, cuyas colmenas estaban ya vacías. A Nunu nunca le había gustado entretenerse con la apicultura, y un día vendimos las dieciocho familias de abejas. Era septiembre, y los días desprendían todavía un calor suave. Estábamos sentadas en medio de una seguridad bien familiar, la seguridad de un naufragio, y de una felicidad sin deseos. «¡Qué va! —pensé—. ¿Qué más puede llevarse Lajos de aquí? ¿Los objetos de plata? ¡Qué acusación más ridícula! ¿Qué valor pueden tener unas cuantas cucharas abolladas de plata?» Calculé que Lajos habría pasado ya de los cincuenta. De hecho, aquel verano había cumplido cincuenta y tres años. Unas cuantas cucharas de plata ya no le servirían para mucho... Y si le servían para algo, pues que se las llevara. Supuse que Nunu habría pensado lo mismo. Soltó un suspiro, se puso de pie, entró en la casa y desde el porche me dijo:

—No te quedes mucho tiempo con él a solas. Invita a almorzar a Laci, al tío Endre, a Tibor, como otros domingos que pasáis juntos, en grata compañía. Lajos siempre le tuvo miedo a Endre. Creo que le debe todavía algún dinero — y, echándose a reír, añadió —: pero ¿a quién no le debe algo?

—Lo han olvidado todos —dije, y también me reí.

Ya lo estaba defendiendo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Él ha sido la única persona en toda mi vida a quien he amado.

El telegrama con la noticia del peligro, o de la felicidad, había llegado el sábado alrededor del mediodía; pero la tarde y la noche previas a la aparición de Lajos las recuerdo sólo vagamente. Nunu tenía razón: yo ya no tenía miedo a Lajos. Se puede tener miedo a alguien a quien amamos o a quien odiamos, a alguien que ha sido muy bueno o muy cruel con nosotros, a alguien que ha sido infame a propósito. Sin embargo, Lajos nunca había sido cruel conmigo, si bien es verdad que tampoco había sido bueno, bueno en el sentido que interpretan la bondad los libros escolares. ¿Había sido infame? Yo nunca lo había sentido así. Es verdad que mentía, que mentía tal como sopla el viento, con la fuerza y la alegría de la naturaleza. Sabía mentir de una manera totalmente convincente. A mí, por ejemplo, me había mentido diciéndome que me amaba, que solamente me amaba a mí. Más tarde, se casó con mi hermana Vilma. Sin embargo, después me di cuenta de que él no lo había planeado: el engaño, la intención deliberada o los pensamientos malvados nunca habían guiado a Lajos. Había dicho que me amaba —y ni siquiera dudo ahora de sus palabras—, y sin embargo se había casado con Vilma, quizá porque ella era más guapa que yo o porque el día en que le pidió la mano soplaba viento de levante, o porque Vilma lo deseaba así. Él nunca me explicó el porqué.

La noche en que esperábamos a Lajos —yo sabía que iba a ser la última vez que lo vería en mi vida—, tardé mucho en acostarme: estuve ordenando mis regalos y mis recuerdos, preparándome para la visita; y, antes de dormirme, leí las cartas que me había escrito. Hasta hoy creo, de una manera supersticiosa —y releendo sus cartas mis creencias se volvieron todavía más fuertes, más convincentes—, que en Lajos se escondía una fuente inagotable de fuerza, como la que tienen los arroyos subterráneos que corren ocultos por las entrañas de los montes sin una dirección determinada, perdiéndose en las cuevas sin dejar rastro. Aquella fuerza no la utilizaba nadie, no la canalizaba nadie. En la noche anterior a su fantasmal visita, al releer sus cartas, me quedé asombrada por la intensidad de aquella fuerza. En cada carta se dirigía a mí de tal manera que era capaz de conmover no sólo a una persona, a una mujer sentimental, sino también a muchos otros, quizá incluso a multitudes. Sin embargo, no tenía nada especial que decir; sus cartas no revelaban ningún talento profundo, digno de

un escritor; sus adjetivos eran descuidados y su escritura desaliñada, pero su manera de expresarse era, en cada línea, total e inequívocamente suya, ¡sólo suya! Siempre escribía sobre la realidad, sobre una realidad imaginada que acababa de conocer y que quería hacerme conocer a mí con toda urgencia.

Nunca hablaba de sus sentimientos, ni siquiera de sus planes: describía la ciudad donde se encontraba con una fuerza y una veracidad tales que yo podía ver las calles, la habitación donde Lajos estaba escribiendo la carta, y hasta podía oír las voces de las personas que el día anterior le habían dicho algo divertido o interesante; él esbozaba cualquier proyecto que le tuviera ocupada la mente, y todo revivía de una manera maravillosa en sus cartas. Solamente que —y esto lo podía percibir incluso un lector cualquiera— nada de todo aquello era verdad; o bien era verdad de una manera distinta de como Lajos lo describía, y la ciudad que él representaba con la fidelidad de un cartógrafo, probablemente sólo existía en la luna. Él describía en sus cartas esa realidad plagada de mentiras con extremo cuidado. De la misma manera que describía las personas y los paisajes: con una precisión cuidada y minuciosa, con la precisión de un experto.

Yo leía sus cartas, y me emocionaba. «Quizá hemos sido todos demasiado débiles a su lado», pensé. Cerca de la medianoche, empezó a soplar un viento cálido alrededor de la casa, así que me levanté de la cama y cerré las ventanas. Con la debilidad propia de las mujeres —que no quiero aquí tratar de justificar— me detuve delante del espejo que antaño había decorado el tocador de mi madre y me estuve observando durante un buen rato. Sabía que todavía no parecía muy mayor. Los últimos veinte años, gracias a la benevolencia del destino, casi no habían dejado huella en mi aspecto. Nunca había sido fea, pero tampoco pertenecía al tipo de mujeres que atrae a los hombres por su belleza; yo solamente les inspiraba respeto y unos sentimientos poco definidos e imprecisos de atracción hacia mi persona. No había engordado, gracias a mis labores en el jardín o a mi físico: siempre he sido alta, delgada, y poseo un cuerpo bien proporcionado. Mis cabellos tenían ya unas cuantas canas, pero éstas pasaban desapercibidas entre la rubia cabellera que era lo más llamativo de mi aspecto. El tiempo me había dibujado unas cuantas arrugas, muy finas, alrededor de los ojos y de los labios; mis manos tampoco eran como antaño y habían desmejorado un tanto con las labores de la casa. Sin embargo, yo me contemplaba en el espejo como una mujer que espera a su amante.

El momento era bastante ridículo: yo había cumplido ya los cuarenta y cinco; Lajos llevaba tiempo viviendo con otra mujer e incluso era posible que se hubiera vuelto a casar. Durante los últimos años no había tenido absolutamente ninguna noticia de él. En ocasiones, había leído su nombre en los periódicos, y

una vez lo mencionaron en relación con un juicio político escandaloso. No me sorprendió que su nombre apareciera —para bien o para mal— en las páginas de los diarios. Pero el ruido de aquel escándalo se apagó, y más tarde leí en alguna parte que se había batido en duelo, en el patio de un cuartel; que había disparado al aire y que no había resultado herido. Todo aquello encajaba perfectamente con su forma de ser: el duelo y que saliera ileso. Tampoco había estado nunca enfermo; por lo menos yo no me había enterado de ello. «Su destino no se lo permite», pensé. Me volví a acostar, con mis cartas, con mis regalos y mis recuerdos, y con la conciencia amarga de mi juventud perdida.

Mentiría si confesase aquí que me sentía especialmente desgraciada en aquellos momentos. Hubo otro tiempo en que sí; veinte, veintidós años antes sí que había sido infeliz. Con el tiempo, aquel sentimiento se coaguló dentro de mí, como se coagula la sangre de una herida, pero la fuerza que apagó en mí el bullicio del dolor me era desconocida. Existen heridas que el tiempo no puede sanar, y yo sabía que no estaba curada. Sólo que algunos años después de nuestra «separación» —me es muy difícil encontrar las palabras adecuadas para describir lo sucedido entre Lajos y yo— lo inaguantable ya me resultaba natural, sencillo. Ya no sentía la necesidad de acudir a otras personas para que me ayudaran, ya no pedía socorro a gritos al policía, ni al médico, ni al cura. De alguna manera, me mantenía con vida... Un día empezaron a acercárseme ciertas personas que afirmaban que me necesitaban. Luego, en dos ocasiones, me pidieron la mano: Tibor, que es unos años más joven que yo; y Endre, a quien sólo Nunu designa con la palabra «tío», aunque tenga la edad de Lajos. Solventé lo mejor que pude aquellos difíciles compromisos que casi parecieron un contratiempo, y los pretendientes se transformaron en buenos amigos. Una noche llegué a pensar que, de una manera maravillosa, la vida había sido más piadosa conmigo de lo que yo misma había esperado.

Pasada la medianoche, Nunu se presentó en mi habitación. Nuestra casa seguía sin luz eléctrica —mi madre no había querido saber nada de tal invento y, más tarde, después de su muerte, pospusimos eternamente la contratación, por razones de ahorro—, así que las visitas de medianoche de Nunu eran, por lo general, bastante teatrales. Se detuvo en la puerta, llevando en la mano una vela de llama oscilante, con los blancos cabellos despeinados, vestida con una bata, a la manera de una aparición.

—Lady Macbeth —le dije entre sonrisas, pues sabía que vendría a verme —, acércate y siéntate a mi lado.

Nunu es el pariente que se ha encargado de desempeñar el papel de todos los demás parientes en mi casa. Llegó treinta años atrás, a raíz de una migración familiar, típica de todas las sagas. Provenía de una primigenia familia y de un complicado tejido tribal de tías y primas. Llegó para una visita, para pasar en casa algunas semanas, y se quedó porque se la necesitaba. Se quedó para siempre, puesto que poco a poco murieron todos los que la precedían en el escalafón familiar. Con los años y las décadas Nunu fue avanzando en dicho escalafón, como en una oficina, hasta que un día ocupó el lugar de mi abuela: se cambió a su habitación en el primer piso y empezó a desempeñar las funciones de la difunta. Más tarde, murió mi madre, y luego Vilma. Un día Nunu se dio cuenta de que ya no estaba suplantando a nadie y constató que ella, la advenediza, que ella, la sobrante, se había convertido en la verdadera familia.

Los éxitos conseguidos en aquella complicada carrera no se le subieron a la cabeza. Nunu nunca quiso ser una segunda madre para mí, ni intentó desempeñar el papel de padre de familia. Con los años, se volvió cada vez más parca en palabras, cada vez más sobria; tan cruel y sobria como si hubiese experimentado todas las aventuras de la vida. Se hizo totalmente indiferente, como si se tratase de un objeto o de un mueble —Laci observó en una ocasión que Nunu estaba perdiendo el barniz, como un antiguo armario de nogal—. Siempre se vestía igual, tanto en verano como en invierno, con un vestido negro, de tela lisa, ni muy fina ni muy burda; y siempre tenía un aire ligeramente festivo, tanto a mis ojos como a los de los invitados. Durante los últimos años, tan sólo hablaba lo necesario, y de su vida nunca contó nada. Yo

sabía que ella quería tomar parte en todas mis preocupaciones y en todas mis tristezas, pero sin reclamarlo con palabras. Cuando decía algo, era como si terminara una larga discusión, una discusión vehemente y apasionada sobre el tema en cuestión y como si con sus pocas palabras Nunu pusiera el punto final a tal discusión. Así me preguntó aquella noche, sentándose en el borde de mi cama:

—¿Has hecho tasar el anillo?

Me senté en la cama y me froté las sienes. Sabía a qué se refería, y también sabía que tenía razón. Nunca habíamos hablado del asunto, creo que tampoco le había enseñado el anillo, y, sin embargo, sabía que ella tenía otra vez razón, que el anillo era falso, como yo también lo sospechaba. En asuntos así Nunu era insuperable. «¿Cuándo habrá oído hablar del anillo?», pensé, pero rechacé inmediatamente tal pregunta: puesto que era natural que Nunu supiera todo sobre mi casa, mi familia, mi persona y mi vida; sobre lo que se escondía en el desván y en el sótano o en la vida de mi hermana muerta; también era natural que supiera todo sobre el anillo. Yo había olvidado por completo la historia del anillo, porque me resultaba incómodo pensar en ello. Cuando murió Vilma, Lajos me regaló el anillo que había pertenecido a mi abuela. Un anillo de platino con un diamante de tamaño mediano que era el único objeto de valor de la familia. No entiendo cómo lo pudimos conservar durante tantos años. Incluso mi padre lo respetaba, de una manera supersticiosa, llena de tacto; mi padre, que por otra parte nunca tuvo ningún reparo en deshacerse de sus pertenencias, de sus objetos de valor, ni de sus tierras. Guardamos el anillo durante cuatro generaciones, como si fuera un diamante legendario de incalculable valor, una de esas piedras preciosas catalogadas, un Koh-i-noor, que sólo se luce en las ocasiones festivas de las grandes dinastías, en la mano o en la frente de alguno de sus miembros, y que a nadie se le ocurriría poner en venta. Yo no conocía el auténtico valor de aquella piedra. De todas formas, debe de haber sido bastante valiosa, aunque seguramente no tanto como rezaba la leyenda familiar. De mi abuela pasó a mi madre y, después de su muerte, Vilma heredó el anillo. Cuando ella murió, Lajos, en uno de sus momentos sentimentales y patéticos, me obligó a aceptarlo.

Me acuerdo muy bien de aquella escena. A Vilma la habíamos enterrado aquella tarde. Al regresar del camposanto, me acosté, agotada, en el sofá de mi habitación, a oscuras. Entró Lajos, vestido de luto —había cuidado hasta el último detalle de su traje de luto, como si se vistiera de gala para un desfile militar. Me acuerdo de que mandó, incluso, hacer unos gemelos negros para los puños de la camisa—, y me entregó el anillo, pronunciando unas palabras con tono fúnebre. Yo estaba tan cansada y tan confusa que no entendí el significado

exacto de sus palabras. Observé con distracción cómo depositaba el anillo en la mesilla que había al lado del sofá, y tampoco me resistí cuando me volvió a llamar la atención sobre la joya, poniéndomela en el dedo. «El anillo te pertenece», me dijo con un tono grandilocuente y melancólico. Luego, recapacité. El anillo debería pertenecer a Eva, la hija de mi hermana fallecida, por supuesto. Pero Lajos se opuso de manera tajante a tal interpretación. Un anillo así no es simplemente un objeto de valor, sino también un símbolo, el símbolo del escalafón familiar. Después de la muerte de mi madre y de Vilma, me correspondía tenerlo a mí, a la hija menor. No me sentí capaz de discutir con él.

Me callé y lo guardé. Naturalmente, ni por un instante se me ocurrió quedarme con aquel objeto de valor. Mi conciencia y la carta que dejé para el caso de mi muerte —que estaba junto con el anillo, en el cajón de la cómoda donde tenía mi ropa interior— eran testigos de que yo guardaba el anillo para Eva, ya que había dispuesto en dicho documento que ella lo recibiese después de mi muerte. Más tarde decidí que se lo enviaría para su compromiso o para su boda, el día en el que ella se casara. La carta contiene instrucciones precisas sobre mis pocas pertenencias, y designa sin dejar lugar al menor equívoco a los hijos de Vilma como herederos, con la única condición de que la casa y el jardín no se vendan mientras Nunu esté viva. Tengo la sensación de que Nunu vivirá muchos años más. ¿Por qué no? No tiene ninguna razón para morir, de la misma manera que tampoco tiene razón alguna para vivir. Seguramente, me sobrevivirá. Este pensamiento es tranquilizador y venturoso para mí.

Guardé el anillo, porque no quise discutir con Lajos y porque intuí que aquel humilde objeto de valor —que en nuestra situación familiar podría un día ayudar a alguien, pues con su venta se financiaría la dote de una muchacha— estaría en mejores manos de esta manera que en medio del desorden que existía alrededor de Lajos, que crecía aprisa, como la maleza en verano. Pensé que él lo vendería, que se lo jugaría a las cartas, y me sentí un tanto conmovida porque me lo hubiese entregado. En aquellos momentos... ¡Dios mío, dame fuerzas para ser completamente sincera! Sí, en los momentos en que enterramos a mi hermana, yo tuve la esperanza de que se podría remediar la vida de Lajos, la de los niños y, quizá, incluso la mía propia. El anillo ya no importaba tanto, se trataba de todo lo demás... Con esa esperanza lo guardé. Por eso lo conservé también después de que nos separáramos; por eso lo escondí entre mis regalos y recuerdos, junto con mi testamento.

Durante los años posteriores, cuando ya no mantenía contacto con Lajos, no saqué nunca el anillo de su sitio, pero sabía, con la certeza del sonámbulo, que el anillo era falso.

«Sabía»... ¡Qué palabra! Nunca tuve el anillo en la mano. Me daba miedo. Me daba miedo esa certeza que nunca me atreví a expresar en palabras.

Sabía que todo lo que Lajos tocaba perdía su consistencia original; que se descomponía y que cambiaba, como los metales nobles en el crisol de los magos de antaño... Sabía que Lajos era capaz de volver falsas incluso a las personas, no solamente las piedras o los metales. Sabía que un anillo no podía mantener su noble inocencia entre las manos de Lajos. Vilma había estado enferma durante años y no había podido atender los asuntos de su casa. Lajos dispuso de todo sin ningún control y bien pudo hacerse con el anillo... Así que en el mismo momento en que Nunu hizo aquella pregunta, supe que el anillo era falso. Lajos me había engañado con el anillo, como me había engañado con todo lo demás. Me enderecé en la cama, seguramente estaba pálida.

—¿Tú lo has hecho tasar?

—Sí —respondió Nunu con tranquilidad—. Un día que tú no estabas y que me dejaste las llaves. Lo llevé al joyero. Había hecho cambiar incluso el platino. Lo cambió por otro metal del mismo color, que no tiene ningún valor. Oro blanco, me dijeron. Hizo cambiar también la piedra. El anillo así, tal cual, no vale más que unos céntimos.

—No es verdad —objeté.

Nunu se encogió de hombros.

—Vamos, Eszter... —me dijo en tono severo, de reproche.

Yo callaba y miraba la llama de la vela. Claro, si lo decía Nunu, tenía que ser verdad. ¿Por qué negar que yo lo sospechaba desde el momento en que Lajos me lo había entregado? ¿Por qué negar que intuía que era falso? «Todo lo que él toca, se vuelve falso. Su aliento es como la peste», pensé, y apreté los puños con rabia. No por el anillo... ¿qué importaba ya, a esas alturas de mi vida, un anillo falso o varios? Todo se volvía falso, todo lo que él había tocado. Luego, pensé otra cosa y le dije a Nunu:

—¿Es posible que me lo entregara después de haber calculado las consecuencias? ¿Porque tuviera miedo de que trataran de encontrarlo los niños, o cualquier otra persona?... Al ser el anillo falso, ¿me lo entregó para que me lo tuvieran que reclamar a mí? ¿Para que, cuando se dieran cuenta de que era falso, me acusaran a mí?...

Reflexionaba en voz alta, como normalmente solía hacer en presencia de Nunu. Si alguien conoce a Lajos, es precisamente la vieja Nunu; ella lo conoce a fondo, hasta sus últimos pensamientos, incluso hasta los que él ni siquiera se atreve a confesarse a sí mismo. Nunu es una persona justa. Respondió en un tono tierno, pero seco:

—No lo sé. Es posible. Sin embargo, eso sería una infamia demasiado calculada. Lajos no es tan calculador. Nunca ha cometido ningún crimen. A ti, te amaba. No creo que haya tenido la intención de arrastrarte a una infamia con lo del anillo. Simplemente debió de venderlo porque necesitaba dinero, y después no tuvo el valor de confesarlo. Así que mandó hacer una copia y te entregó el anillo falso... ¿Por qué? ¿Por mero cálculo? ¿Por pura maldad? Quizá sólo quería demostrar su generosidad. El momento era tan apropiado... Regresáis del entierro de Vilma, y él, Lajos, como primer gesto, te entrega el único objeto de valor de la familia. En cuanto me contaste esa escena tan bonita comencé a sospechar. Por eso hice después que lo tasaran. Es falso... Falso — repitió con un tono apagado, mecánico.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le pregunté.

Nunu se apartó de la frente unos mechones de su cabello blanco.

—No siempre conviene decir las cosas así, sin más —respondió casi con dulzura—. Ya habías sufrido suficientes maldades por parte de Lajos.

Me levanté de la cama, me dirigí a la cómoda y busqué el anillo en el cajón secreto. Nunu me ayudaba con la luz oscilante de la vela. Luego, acerqué el anillo a la luz de la llama y lo examiné. No entiendo nada de piedras.

—Trata de rayar el espejo con la piedra —me sugirió Nunu.

La piedra no dejó rastro en el espejo. Me puse el anillo en el dedo, y lo estuve mirando, así. La piedra no tenía ningún brillo. Era una copia perfecta, hecha seguramente por un maestro.

Estuvimos otro rato sentadas en el borde de la cama, mirando el anillo. Luego, Nunu me dio un beso, suspiró y se fue sin decir palabra. Yo me quedé otro rato largo sentada, observando la falsa piedra. Pensé que Lajos, sin haber llegado todavía, ya me había arrebatado algo. «Parece que no puede ser de otra manera. Es ley de vida, su ley de vida. Qué ley más terrible», pensé, y me puse a tiritar. Así me dormí, tiritando de frío, con el falso anillo en el dedo, aturdida, como alguien que después de pasar muchos años encerrado en una habitación sale de repente al exterior y se marea con el aire fuerte y cruel, con el viento de la realidad.

El día en que Lajos regresó, era un domingo de finales de septiembre. Era un día de calor, transparente y luminoso; entre los árboles volaban los hilos desprendidos de las telarañas, el aire era tan limpio que brillaba y lo envolvía todo con su esmalte níveo, y el paisaje y el cielo eran tan etéreos como si los hubiesen pintado con acuarelas. Por la mañana salí al jardín, temprano, y corté dalias para llenar tres jarrones. El jardín no es muy grande, pero rodea la casa por completo. No eran todavía las ocho. Estaba de pie en aquel silencio infinito, en medio del jardín cubierto de rocío, cuando, de repente, oí una conversación que provenía del porche. Reconocí las voces de mi hermano y de Tibor. Hablaban en voz baja, y en el silencio matutino pude escuchar claramente todas sus palabras, como si me llegasen los tañidos de una campana.

Al principio, tuve la intención de avisarlos, de hacerles saber que los estaba escuchando, que no estaban solos. Sin embargo, la primera frase que oí, pronunciada con un tono forzado, me obligó a guardar silencio. Mi hermano Laci hacía esta pregunta:

—¿Por qué no te casaste con Eszter?

—Porque ella no quiso casarse conmigo —le respondió el otro.

Reconocí la voz de Tibor, y mi corazón latió con fuerza. Sí, era Tibor, con su voz silenciosa y sosegada, una voz que reflejaba bondad, veracidad y cierta tristeza, paciencia y ecuanimidad. «¿Por qué le estará Laci preguntando eso?», me dije, enfadada y nerviosa. Las preguntas de mi hermano suelen ser inquisidoras, con toques de una excesiva confianza y de cierta agresividad. Laci no tolera ningún secreto a su alrededor. Sin embargo, a todos nos gusta guardar ciertos secretos. Cualquier persona habría tratado de esquivar una pregunta así, y habría protestado por tanta confianza. Sin embargo, Tibor había respondido en voz baja, con exactitud y sinceridad, como si le estuviesen preguntando por los horarios de los próximos trenes.

—¿Y por qué no quiso ella casarse contigo? —preguntó mi hermano con agresividad.

—Porque amaba a otro.

—¿A quién? —inquirió mi hermano con voz apagada y con crueldad.

—A Lajos.

Callaron. Oí que uno de ellos encendía una cerilla para fumar. Y, luego, en el silencio, cómo Tibor la apagaba con un soplo. La siguiente pregunta, que yo ya estaba esperando, llegó con la precisión del trueno después del relámpago. Otra vez era Laci quien preguntaba:

—¿Sabes que él vendrá aquí hoy?

—Lo sé.

—¿Qué querrá?

—No lo sé.

—¿A ti también te debe dinero?

—Dejemos eso —dijo Tibor, con un tono desganado—. Ha pasado mucho tiempo desde aquello. Ya no importa.

—Porque a mí, sí que me debe —continuó Laci, como un niño orgulloso que quiere lucirse—. Me pidió hasta el reloj de oro de mi padre. Me lo pidió prestado por una semana, hace diez años; no, espera, hace doce; y todavía no me lo ha devuelto. Un día se llevó todas mis enciclopedias. Prestadas. Nunca más he vuelto a ver aquellas enciclopedias. Otro día me pidió trescientas coronas. Pero no se las di —dijo la voz, con un entusiasmo infantil.

La otra voz, más profunda y más silenciosa, le respondió con desgana y humildad:

—Tampoco habría sido una gran desgracia si se las hubieses dado.

—¿Tú crees? —preguntó Laci, un tanto avergonzado.

Yo estaba de pie, allí, entre las flores, y me parecía ver su rostro enrojecido, de niño envejecido, su confusa sonrisa.

—¿Qué piensas? ¿Crees que sigue amando a Eszter?...

La respuesta a esa pregunta tardó en llegar. Yo hubiese preferido interrumpirlos, pero ya era tarde. En aquella situación ridícula, me sentía sola y envejecida, allí, entre las flores de mi jardín; como en un poema anticuado, en la mañana en que esperaba la visita del hombre que me había engañado y expoliado, en la casa donde había ocurrido todo, en la casa donde había transcurrido toda mi vida, allí donde guardaba en una cómoda las cartas de Vilma y de Lajos, junto con el anillo falso —esto lo sabía con certeza desde la noche anterior, aunque lo hubiera intuido muchísimo antes de una manera confusa—. En esa situación dramática, mientras escuchaba una conversación en secreto, de repente me di cuenta de que la respuesta a la última pregunta, la única pregunta que me interesaba, tardaba considerablemente: Tibor, el juez imparcial, sopesaba sus palabras.

—No lo sé —dijo después—. No lo sé —repitió en un tono todavía más grave, como si estuviera discutiendo con alguien—. Los amores sin esperanza no terminan nunca —concluyó.

Hablando en voz baja, entraron en la casa. Oí que me estaban buscando. Puse las flores en el banco de piedra, me acerqué al final del jardín, al pozo, me senté en el banco donde hacía veintidós años Lajos me había pedido en matrimonio, me puse las manos sobre el corazón, ajustándome la rebeca de punto, porque tenía frío, miré hacia la carretera y, de repente, no entendí la pregunta de Laci.

El día en que Lajos llegó por primera vez a casa, hace muchísimos años, Laci fue el primero en recibirlo con una desbordada simpatía. En aquel entonces, los dos eran considerados por todos «grandes promesas». Nadie sabía decir con total exactitud qué «prometían» Laci y Lajos; pero cualquiera que los oyera hablar quedaba convencido de que eran muy prometedores. Lo que era común en sus caracteres —una completa ausencia del sentido de la realidad, una marcada tendencia a las ensoñaciones desordenadas, una necesidad inconsciente de mentir— los acercaba con una fuerza irrefrenable, como la fuerza que une a dos enamorados.

Laci introdujo a Lajos en nuestra familia con muchísimo orgullo. Se parecían hasta en el físico: los dos tenían un aire romántico del siglo pasado, algo que siempre me había gustado en Laci y que descubrí con simpatía en Lajos. Hubo una época en que se vestían de la misma manera, y la ciudad se llenaba con las fechorías poco serias que cometían de manera ostentosa. Sin embargo, todo el mundo los perdonaba porque eran jóvenes y simpáticos y, al fin y al cabo, nunca cometieron ninguna indecencia. Se parecían de una manera pavorosa, en cuerpo y en alma.

Esa amistad —que en los años de universidad ya se mostraba inquietantemente íntima— no disminuyó cuando Lajos empezó a mostrar interés hacia mí, sino que tan sólo se transformó de un modo extraño. Hasta un ciego hubiera podido ver que Laci, de una manera ridícula, estaba celoso de Lajos. Hacía todo lo que podía para ligar a su amigo a la familia y, al mismo tiempo, no veía con buenos ojos las atenciones de Lajos hacia mí; intentaba interrumpir nuestros momentos de tímida intimidad y se burlaba de las señales pusilánimes de nuestra simpatía mutua que cada vez iba a más. Laci estaba celoso, pero de una manera extraña, o quizá no tan extraña: sus celos sólo me abarcaban a mí. Cuando Lajos se casó con Vilma, Laci pareció contento y se comportó con ternura y abnegación. Todos en la familia sabían que yo era la preferida de Laci, que era su «punto débil». Más tarde llegué a pensar que quizá las simpatías y las antipatías de Laci hubiesen influido en la infidelidad de Lajos. Sin embargo, nunca pude encontrar pruebas para tal suposición.

Aquellos dos jóvenes parecidos, aquellos dos caracteres casi idénticos ansiaban la mutua amistad y trataban de superarse en ese afán. En una época, cuando Lajos recibió su herencia, vivieron juntos en la capital, en un fantástico piso de soltero que yo nunca llegué a conocer y que, según Laci, constituía el escenario más importante de los encuentros espirituales y sociales de aquellos tiempos; pero tengo fundadas razones para dudar de la importancia de aquellas reuniones.

El hecho es que vivían juntos, tenían dinero —Lajos entonces era casi rico, y Laci sólo puede mencionar con un resentimiento infantil el reloj de oro y el dinero prestado a Lajos, puesto que él, en los tiempos efímeros de la abundancia, gastaba en todo y en todos, incluido, por supuesto, en su amigo —, escogían a algunos de los más ávidos miembros de la juventud dorada del fin de siglo feliz y ocioso y, según pude constatar más tarde, llevaban una vida digna de una novela de aventuras. No quiero decir que organizaran grandes juergas. A Lajos no le gustaba beber, y Laci evitaba trasnochar. Más bien vivían en un *dolce far niente* costoso, complicado y exigente, que las personas ajenas a ellos podían confundir fácilmente con una actividad febril, profunda y decidida, con un modo de vivir exquisito, o con un nuevo estilo de vida —ésa era la expresión favorita de Lajos— para cuya realización esos dos jóvenes se habían aliado. La verdad era que se pasaban los días mintiendo y soñando. Pero yo sólo me enteré de ello mucho más tarde.

Con Lajos, el nuevo amigo, llegó a nuestra casa una agitación novelesca. Él contemplaba nuestras diversiones rurales y nuestra manera de vivir con benevolencia, pero con un ligero desprecio condescendiente. Nosotros sentíamos su superioridad e intentábamos vencer, asustados, nuestros fallos. De repente, empezamos a leer, especialmente a los autores que Lajos nos recomendaba, a leerlos con una aplicación y una humildad desmedidas, como si nos estuviésemos preparando para un examen decisivo de la vida. Más tarde nos enteramos de que Lajos nunca había leído las obras de aquellos autores y pensadores, o que sólo las había hojeado de una forma superficial. Sin embargo, llamaba nuestra atención sobre esos libros y sobre sus ideas con muchísimo énfasis, con benevolencia y severidad, reprendiéndonos por tales desconocimientos. Sus hechizos funcionaban con rapidez, como los embrujos malvados de las ferias. Nuestra pobre madre fue la primera en dejarse atrapar por completo. Leímos sin parar, bajo los efectos de Lajos y en su honor, y nos vestimos de una manera totalmente diferente de la de antes; desarrollamos una vida social, también distinta de la anterior, y hasta cambiamos los muebles de la casa.

Todo aquello costaba mucho dinero, y nosotros no éramos ricos. Nuestra madre esperaba a Lajos con ansiedad y se disponía para sus visitas, como si se preparara para un examen. Se aplicó en comprender las obras de los filósofos alemanes contemporáneos, porque un día Lajos había preguntado con condescendencia si conocíamos las ideas de un tal B. de Heidelberg. Pero, como no las conocíamos, nos pusimos enseguida a leer sus libros, llenos de ideas elevadas y un tanto confusas, sobre la vida y la muerte. Nuestro padre también se aplicaba en mejorar. Bebía menos, se controlaba especialmente cuando teníamos invitados y se escondía de los ojos inquisidores de Lajos, ocultando su vida triste y llena de parches. Los invitados, mi hermano y Lajos venían a vernos cada fin de semana.

En esos fines de semana, la casa se llenaba de gente parlanchina. La sala de estar se transformó en un salón, o algo parecido, donde Lajos recibía a las personas más significativas de la ciudad, a unas personas que hasta entonces nos habían parecido más sospechosas que significativas, a unas personas a quienes nunca habíamos recibido en nuestra casa. De repente, entraban y salían a su antojo. Mi padre andaba con timidez entre sus invitados de los fines de semana, vestido con un traje desgastado, los trataba con una amabilidad a la antigua usanza, y ni siquiera se atrevía a encender su pipa... Lajos recibía en audiencia, distribuía sus miradas llenas de reproches o de reconocimiento, elevando a algunos a los cielos, mandando a otros al infierno. Aquello duró tres años enteros.

No eran ellos —mi hermano y su peculiar amigo— unos vividores ni unos maleducados. Al final del primer año de haberse conocido, todos nos tuvimos que dar cuenta forzosamente de que Laci se encontraba en una situación de dependencia con respecto a Lajos, de la misma manera que mi madre, que Vilma y que, más tarde, yo misma. Podría mencionar que yo fui la que más se resistió a ese embrujo malvado, la que se mantuvo cuerda durante más tiempo, pero tal victoria sería un consuelo demasiado pobre. Sí, yo veía más allá de su fachada, me daba cuenta de cómo era y, sin embargo, estaba dispuesta a servirle de una manera ciega y ansiosa. Era tan sumamente serio y tierno...

Sus estudios universitarios, como nos dimos cuenta bastante pronto, los había abandonado junto con Laci. Decía —me acuerdo de las palabras que pronunciaba de pie, al lado de la ventana, en el crepúsculo, y también me acuerdo de los rizos que le cubrían la frente, cuando su voz sonaba con desilusión, como si estuviera anunciando un gran sacrificio—: «Debo cambiar la soledad silenciosa y fértil del cuarto de estudio por las posibilidades arriesgadas y resonantes de la sociedad.»

Siempre hablaba como si estuviera leyéndolo todo en un libro. Aquella declaración me conmovió y me emocionó. Me pareció que Lajos abandonaba su vocación por alguna razón grandiosa, aunque poco precisa; que por algo, en beneficio de alguien —probablemente de la humanidad entera—, dejaba a un lado las armas del estudio para aventurarse en el más práctico campo de batalla de la sociedad. Tal sacrificio me inquietó, puesto que en nuestra familia era costumbre que los hijos varones terminaran sus estudios antes de atreverse a salir a enfrentarse con la dura realidad de la vida. Sin embargo, Lajos me convenció, y llegué a pensar que su camino era diferente, que sus armas eran distintas. Naturalmente, Laci lo siguió sin titubear por el camino escogido: en el tercer año de universidad, abandonaron los estudios. Yo era una muchacha todavía y Laci habría de regresar, más tarde, al «mundo del espíritu». Con el último crédito concedido a nuestra familia abrió una librería en la ciudad y, después de un período lleno de grandilocuentes proyectos, se dedicó a vivir modestamente y a vender libros de texto y artículos de papelería. Lajos lo reprendió seriamente por el paso que había dado. Más tarde, cuando la política ocupó sus pensamientos, no se dejó ver más entre nosotros.

Nunca llegué a conocer con exactitud los ideales políticos de Lajos. Tibor, a quien yo interrogaba en muchas ocasiones sobre tal asunto, se encogía de hombros y decía que Lajos no tenía ninguna convicción política, que era simplemente un impostor y que buscaba siempre la aventura allí donde los demás se repartían el poder. Esa acusación pudo haber sido cierta, pero tampoco lo era del todo. Yo intuía que Lajos estaba dispuesto a algunos sacrificios por la humanidad, o por la idea de humanidad —las ideas siempre le gustaron más que la realidad, probablemente porque las ideas son menos peligrosas y es más fácil llegar a un acuerdo con ellas—, y que al buscar la aventura en la política, estaba dispuesto a arriesgar su pellejo, no tanto por el botín, sino más bien por la propia seducción de la tarea: para sentir y sufrir su *pathos* hasta las últimas consecuencias.

Para mí, Lajos era una persona que comenzaba todo con una mentira y que luego, en medio de sus mentiras, se extasiaba, lloraba y seguía mintiendo con lágrimas en los ojos; hasta que, finalmente, para gran sorpresa de todos, acababa diciendo la verdad, con la misma fluidez con la que había mentido antes... Esa capacidad suya no le impidió, por cierto, presentarse, durante décadas, como adalid de distintos partidos extremistas de tendencias totalmente opuestas; pero al final lo echaron de todos. Laci, por suerte, no lo siguió en sus andanzas. Él permaneció en el «mundo del espíritu», en el ambiente un tanto húmedo y maloliente de los artículos de papelería y de los libros de texto amarillentos y de segunda mano. Lajos se perdió entre aquellos

peligros que nadie supo llamar por su nombre, y nosotros lo vimos a lo lejos, como si estuviera en medio de una tormenta pródiga en rayos y truenos, al alcance de la ira divina.

Cuando tras la muerte de Vilma ocurrió la separación entre nosotros dos, Lajos no volvió a aparecer más en nuestro círculo familiar. Fue entonces cuando yo regresé a casa, a mi humilde casa, a mi último refugio. No me esperaban más que una cama y un poco de pan para llevarme a la boca. Sin embargo, quien se cobija de una tormenta es feliz, porque tiene un techo encima.

El techo estaba, por lo menos al principio, bastante destartado. Cuando mi padre murió, Tibor y Endre, amigos de la familia, examinaron detenidamente el testamento. Endre, al ser notario, estaba obligado a hacerlo también por su profesión. Nuestra situación económica parecía, a primera vista, desesperanzadora. Lo poco que quedaba —tras las últimas desgracias, la administración negligente y malhumorada de mi padre, la enfermedad de mi madre, la boda y la muerte de Vilma, la inversión en el negocio de Laci— se esfumaba entre las manos de Lajos. Cuando ya no le fue posible conseguir dinero contante y sonante, se llevó las antigüedades que teníamos, como «recuerdo», según decía: las coleccionaba con la curiosidad y la pasión típicas de un niño. Yo lo defendía, a veces, delante de Endre y de Tibor. «Está jugando —decía cuando ellos lo acusaban—. Hay algo infantil en su carácter. Le gusta jugar.» Sin embargo, Endre se enfadaba en tales ocasiones. «Los niños juegan con barquitos y con canicas de colores —decía él—. Pero Lajos es un niño perpetuo a quien le gusta jugar con letras de cambio.» Sin decírmelo con total claridad, me dejaba entender que las letras de Lajos no le parecían juguetes completamente inocentes, ni completamente inocuos. El hecho es que, después de la muerte de mi padre, fueron apareciendo cada vez más a menudo letras que supuestamente había firmado para Lajos: yo nunca dudé de la autenticidad de las firmas. Pero eso llegó a carecer de importancia, como también todo lo demás, en medio de aquel cataclismo generalizado.

Cuando me di cuenta de que no tenía a nadie en el mundo —que sólo tenía a Nunu, con quien vivía en una extraña simbiosis, como el muérdago en los árboles, sin que ninguna de las dos supiera quién era el árbol y quién el muérdago—, Endre y Tibor intentaron salvar algo para mí en medio de aquel cataclismo. Fue entonces cuando Tibor se quiso casar conmigo. Yo intenté encontrar algún pretexto, lo rechacé; pero no pude confesarle la verdadera razón de mi negativa. No pude decirle que en secreto todavía esperaba a Lajos, alguna noticia de él, algún mensaje, quizá algún milagro. Todo parecía milagroso alrededor de Lajos, y a mí no me parecía descabellada la idea de que un día se presentara, con la teatralidad propia de un actor o de un cantante de ópera, disfrazado de Lohengrin, cantando un aria solemne. Después de nuestra

separación había desaparecido también de manera milagrosa, como si se hubiese esfumado en la niebla. No volví a saber nada de él durante años.

No quedó nada más que la casa y el jardín, aunque la casa estaba gravada todavía con una pequeña parte de la hipoteca. Antes, yo siempre había creído ser una persona resistente, dura y práctica; pero, cuando me quedé sola, me vi obligada a darme cuenta de que había vivido en las nubes —en unas nubes peligrosamente cargadas de electricidad—, y que no sabía casi nada exacto o fiable acerca de la realidad. Nunu opinó que con la casa y el jardín bastaba para nosotras dos. Todavía no entiendo cómo nos pudo bastar. Es verdad que el jardín era grande y estaba lleno de árboles frutales: Nunu había desterrado casi por completo las flores románticas, los caminos serpenteantes cubiertos de arcilla rojiza, las fuentes y las piedras llenas de musgo, propias de un cuento de hadas, y había aprovechado cada palmo de tierra, con una aplicación tan ingeniosa como la que caracteriza a la gente que vive en los lugares áridos del sur, donde cada metro cuadrado de tierra se aprecia y se rodea de piedras, para protegerla contra los vientos y contra la incursión de los extraños. Aquel jardín era todo lo que nos quedaba. Endre y Tibor nos aconsejaron, durante un tiempo, que alquilásemos algunas habitaciones de la casa y que cocináramos para nuestros inquilinos. El proyecto no se llevó a cabo, principalmente por la oposición de Nunu. Ella no explicaba sus razones en contra, no argumentaba, pero con sus palabras y con su silencio daba a entender que no admitiría a extraños en la casa. Nunu siempre arregló las cosas de otra manera, resolviéndolas de otra forma, y no como los demás esperaban que lo hiciese. Según la tradición, dos mujeres solitarias e inútiles pueden convertirse en modistas, en cocineras o dedicarse a hacer punto; pero Nunu no pensaba en esas cosas. Tardó, incluso, en aceptar que yo diera clases de piano para los hijos de algunas familias conocidas.

Sin embargo, de alguna manera sobrevivimos... Ahora ya sé que nos mantenía la casa, el jardín, en fin, lo que quedaba de mi pobre padre imprudente. Sólo nos quedaba eso, sólo teníamos eso. La casa nos ofrecía un techo; los muebles antiguos, aunque mermados, nos ofrecían un hogar. El jardín nos sustentaba con sus alimentos, nos proporcionaba todo lo que necesitan dos náufragos. El jardín creció a nuestro alrededor, puesto que le entregábamos todo, nuestro trabajo y nuestras esperanzas, y a veces parecía una verdadera hacienda, donde poder vivir despreocupadas hasta el fin de nuestros días.

Un día, Nunu decidió plantar almendros en la parte trasera, en un trozo de tierra arenosa de casi una hectárea, y los almendros cubrieron nuestras vidas y nos dieron sus frutos como unas manos ocultas que arrojasen el maná celestial a los hambrientos. Los almendros nos daban sus frutos año tras año, y Nunu

vendía las almendras en secreto, con un aire festivo. Con ese dinero vivíamos y, a veces, hasta pagábamos alguna deuda, o le dábamos algo a Laci. Yo tardé en entenderlo, pero Nunu no me quiso dar explicaciones: callaba y sonreía. En ocasiones, me detenía entre los almendros y los miraba con una supersticiosa sensación de maravilla. Era como si se hubiese producido un milagro, en medio de esa tierra arenosa, en nuestras vidas. ¡Alguien cuidaba de nosotras! Esa era mi impresión.

Plantar almendros había sido idea de mi padre, pero estaba demasiado cansado para realizarla. Diez años antes, él le había dicho a Nunu que la parte trasera arenosa del jardín era apropiada para plantar almendros. A mi padre no le importaban las posibilidades que la vida pudiera ofrecer. A los ojos de los desconocidos él sólo se había ocupado de dilapidar nuestra humilde fortuna. Sin embargo, después de su muerte tuvimos que admitir que, a su manera silenciosa y resentida, había arreglado todo lo relativo a la herencia; la casa, en realidad, la había cargado de hipotecas mi madre, accediendo a una petición de Lajos. Mi padre nos conservó el jardín, y siempre se opuso a abandonar la casa. Cuando nos quedamos solas, Nunu y yo, no tuvimos que hacer otra cosa sino acomodarnos en el jardín que mi padre había construido. Arreglamos la casa gracias a Endre, que nos consiguió un préstamo en condiciones muy favorables. Todo ocurrió sin que nosotras tuviéramos que hacer planes previos al respecto, de una manera espontánea y natural.

Un día nos dimos cuenta de que teníamos un techo encima de la cabeza, de que yo incluso podía comprar alguna tela para hacerme un vestido, de que Laci se las arreglaba para pedirme libros prestados para leer; y así, poco a poco, desapareció la soledad en la que nos habíamos refugiado después del cataclismo, como los animales heridos se refugian en su madriguera. Incluso teníamos amigos, y los domingos por la noche la casa se llenaba de invitados. Los demás nos asignaban, a Nunu y a mí, un lugar en el mundo, nos adjudicaban un rincón tranquilo donde podíamos vivir nuestras vidas sin que nadie nos molestara. Nada era tan desesperanzador ni tan insoportable en mi vida como lo había imaginado. Nuestras vidas volvieron a tener sentido: teníamos amigos, sí; hasta teníamos enemigos, como la madre de Tibor o la esposa de Endre, quienes —debido a sus celos injustificados y ridículos— temían que ellos estuvieran en peligro en nuestra casa.

En ocasiones, la vida en la casa y en el jardín parecía una vida auténtica y verdadera, una vida que tuviera sus metas, sus tareas, su estructura y su contenido. Sin embargo, no tenía ningún sentido, y yo sabía que podría vivir así durante varias décadas, pero tampoco me hubiera importado en absoluto que me dijeran que tendría que morirme pronto. Era una vida sin complicaciones y

sin peligros. Lajos siempre había sido un fanático de Nietzsche y abogaba por vivir una vida peligrosa. Sin embargo, temía los peligros: se metía en las aventuras, tanto en las políticas como en las sentimentales, de una manera aparentemente fogosa, pero armado hasta los dientes de mentiras previamente inventadas, asegurándose en secreto en todos los terrenos, llenándose los bolsillos con documentos escandalosos sobre sus enemigos. En cuanto a mi vida, ha estado llena de peligros, por lo menos mientras estuve cerca de Lajos. Después de que él desapareciera, me di cuenta de que no quedaba nada en su lugar: tuve que admitir que ese peligro había sido el único y verdadero sentido de mi vida.